



**RETRATO
DE UN HILO**

CAUSA un poco de reparo descubrir a los lectores a un escritor de la talla de Francisco Javier Irazoki. Es difícil encontrar en el encanallado mundillo literario la unanimidad respecto a la calidad literaria y humana de un colega. Si alguien concita admiración y afecto más allá de los límites forales, ese escritor es Irazoki. No entraré en las causas, pero es muy raro que los libros sean el reflejo exacto de su autor, y esta exigencia puede volverse en contra de este, por cuanto hay escritores cuya obra sólo está a la altura de sus negruras. La exigencia estética y ética de la obra de Irazoki no puede entenderse si se soslaya la apuesta existencial que la apuntala. Quien desee acercarse a su trayectoria puede hacerlo en sus primeros libros, recogidos en *Cielos segados* que editó la Universidad del País Vasco. Su obra poética, de vocación surreal, celebra la existencia sin eludir el dolor. Su mirada es compasiva pero firme. Se adentró en la prosa con dos libros memorables: *Los hombres intermitentes* y *La nota rota*, ambos publicados por Hiperión, editorial que acoge ahora su último trabajo poético, *Retrato de un hilo*. El libro es anterior a los títulos mencionados, pues su escritura comenzó en Benarés en 1991 y finalizó seis años después en París. Sus poemas son minerales forjados por grandes y prolongadas presiones interiores en los que el autor ha logrado, de nuevo, una luminosa transparencia, fruto de la rara aleación entre la idea poética y una expresión exacta, pulquérrima. No hay imposturas, no hay exhibición de imaginería verbal o rasgos culturalistas. La diferencia entre contenido y expresión desaparecen y el texto consigue que el tiempo se detenga. *Retrato de un hilo* propone un viaje, y a modo de declaración poética y vital leemos el poema que abre el libro: "Esa búsqueda fluye/para que el hombre no sea/sólo una pausa de la muerte." *Retrato de un hilo* clama una verdad cegadora que Irazoki practica en su vida y en su excelente escritura: sólo el amor nos salva. El libro está dedicado a su mujer, Barbara Loyer.